

LAS NEGOCIACIONES EGIPCIO-ISRAELIES

A la vista de como se están desarrollando los acontecimientos en Oriente Medio, tras la sorprendente visita del presidente Sadat a Jerusalén¹, lo que más llama la atención es la desconcertante acción del presidente norteamericano, Jimmy Carter. Tras la declaración soviético-americana², que tantas esperanzas hizo concebir a los árabes y que mereció la aprobación de Yasser Arafat³, vino un cambio total de posición al sumarse el presidente Carter al documento de trabajo (*working paper*)⁴ presentado por el gobierno israelí a través de Dayan en el que ni se hablaba de los derechos de los palestinos y mucho menos de la OLP, ni de la creación de un Estado palestino independiente. De esa proposición salió el plan Begin, aprobado por el Knesset y luego tenazmente mantenido por los israelíes en sus conversaciones con Sadat y que en boca de Yasser Arafat era menos que un bantustán⁵.

Lo que Sadat ofreció, de un modo claro, en Jerusalén fue una paz completa y garantizada a cambio de la retirada de todos los territorios ocupados y el reconocimiento de los derechos de los palestinos, aunque, ciertamente, no citó para nada a la OLP, en mi opinión porque no le pareció político, tras las repetidas declaraciones de todos los dirigentes israelíes al referirse a dicha organización. No era únicamente a la audiencia israelí a la que se dirigía Sadat, sino también a la árabe y muy particularmente a los países del frente de la confrontación: Siria, Jordania, Líbano y los palestinos de la OLP y los no pertenecientes a la misma.

Los israelíes, por boca de Begin, habían dicho que todo es nego-

¹ Ver F. FRADE: «El sorprendente viaje de Sadat», REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL, número 154, noviembre-diciembre 1977.

² *Ibidem*. «Comentario a la declaración conjunta americano-soviética sobre Oriente Medio», núm. 153, septiembre-octubre 1977, p. 355.

³ Entrevista concedida por Yasser Arafat a David Hirst, para *The Guardian*, el 3 de enero de 1978, p. 11.

⁴ Cfr. F. FRADE: *Op. cit.*, p. 2.

⁵ Entrevista concedida por Yasser Arafat a David Hirst para *The Guardian*.

ciable, pero ¿qué límite ponen a sus concesiones? Si éstas son cortas, la paz será inalcanzable, lo cual no favorece nada al mundo occidental regido por la gran potencia norteamericana. Si Sadat fracasase y cayese, los radicales árabes arrastrarían a los moderados y la gran potencia soviética vería grandemente mejoradas sus posibilidades, no sólo en Oriente Medio, sino en Europa Occidental y Norte de Africa. Esto es elemental examinando la geopolítica del conjunto, y por ello la administración norteamericana no puede ser blanda con Israel, incluso por el bien mismo de este país, como resaltó George W. Ball en un artículo que citamos en otro nuestro anterior⁶.

En lo que se refiere a los jefes de Estado árabes que no han aceptado su invitación a ir a la reunión de El Cairo, restan, con esa actitud, fuerza a las exigencias de Sadat a Israel, al no formar un frente unido con él, y también le dan una justificación para que se decida a firmar una paz por separado, recuperando todo el Sinaí—pues recortes en su soberanía, ni siquiera en la supervivencia de los poblados israelíes, no aceptará—y exigiendo una fuerte ayuda norteamericana para relanzar su economía, mejorar el estado económico de su pueblo y con ello eliminar oposición interior.

Ni que decir tiene que en Israel se alegraron de esta escisión árabe, pues así tenían la esperanza de obtener una paz separada con Sadat y luego dedicarse a los demás, uno por uno, empezando por el más favorable, que sería Jordania, y eliminando a los palestinos de la OLP, tratarían así sólo con los residentes en la Palestina ocupada, que quedarían bajo su control con una apariencia de autonomía ligada a Jordania.

A esto es a lo que apuntaba el Plan Begin, frente a las exigencias de Sadat y del que Carter dijo que era «un paso hacia adelante», lo que sonó como un sarcasmo para los árabes y dio lugar a la frase de Yasser Arafat citada. Sin embargo, hay que reconocer que Begin también tiene sus dificultades para hacer concesiones sin contar con su Parlamento y su pueblo, en especial las organizaciones más conservadoras, y lo mismo Carter respecto al Congreso y Cámara de representantes de su país, en que tan poderoso es el *lobby* judío norteamericano. Como decía James Reston en el diario árabe saudita *Arab News*: «¿Puede una nación como Israel depender de la palabra de Sadat? ¿Estarán de acuerdo las demás naciones árabes? Y en cual-

⁶ GEORGE W. BALL: «How to save Israel in spite of herself», *Foreign Affairs*, vol. 55, núm. 3, abril 1977, p. 471, citado por F. FRADE: «A diez años de la guerra de los seis días», *REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL*, núm. 151, mayo-junio 1977, p. 100.

quier evento, ¿qué garantías tendrá Israel de los Estados Unidos si accede a devolver los territorios conquistados en la guerra de 1967?»⁷.

Las exigencias árabes son muy legítimas y justas, pero la realidad es la realidad y hay que acomodarse a ella, y para Sadat parece ser muy dura, pues el paso que ha dado ha sido realmente insólito. Tras el rechazo o la cautela encontrados en la mayoría de los países hermanos, ¿qué alternativa le quedaba sino seguir adelante con lo que pudiera? El invitó a la Conferencia de El Cairo, para preparar la de paz de Ginebra, a todos los países de la confrontación y a la OLP. Todos dieron la callada por respuesta y entonces trató de atraer a los palestinos residentes en la Palestina ocupada, y hasta hacer que participaran en las conversaciones otros de dicha nacionalidad residentes en Norteamérica, pero no obtuvo un eco muy entusiasta que digamos. Esta labor la inició en el mismo momento de su visita a Jerusalén. Como vimos en el artículo anterior, no nombró a la OLP en su discurso ni en sus declaraciones, y allí mismo invitó a ir a Egipto a diversas personalidades de los territorios ocupados, como fueron los alcaldes de Gaza y Belén, y otros, todos conocidos por su tendencia projordana. Esto lo explotó mucho la propaganda israelí, diciendo el periódico israelí *Al Haarez*, recogido por el corresponsal del diario ABC en Tel Aviv, que el 90 por 100 de la población árabe estaba satisfecho de la iniciativa de Sadat y que era notorio el antagonismo a la OLP en el sector oriental de Jerusalén⁸. El desarrollo posterior de los acontecimientos demostró que los palestinos de la tierra ocupada estaban en actitud expectante, lo mismo que Jordania, cuyo gobierno luego rechazó el plan de paz Beguin, y esos mismos que visitaron a Sadat en Egipto, procedentes de la Ribera Occidental y de la Franja de Gaza, le manifestaron que ellos sólo aceptaban a la OLP como su representante, según dijo Yasser Arafat a David Hirst en la entrevista citada⁹. Esto es natural, pues no quieren pasar por traidores ante sus hermanos. En Israel manifestarán lo que crean conveniente para el mayor interés de todos sus hermanos, pero en el fondo de su corazón difícil será que haya palestino que no esté unido a las organizaciones de la resistencia, y de éstas la mayoritaria es la que rige Yasser Arafat. No veo por qué un palestino que resida en Arabia Saudita o Kuwait esté a favor de la resistencia y su padre o hermano que viva en Jerusalén esté en contra de ella.

⁷ JAMES RESTON: «Momentum of peace», *Arab News*, 1 y 2 de diciembre 1977, p. 4.

⁸ ABC, Madrid, 26 de noviembre de 1977, p. 23.

⁹ *Op. cit.*

A la invitación de Sadat a la Conferencia de El Cairo, que Sadat pensaba convocar para el 3 de diciembre, y a la que se invitó a Líbano, Siria, Jordania, a la OLP, en representación de todos los palestinos, a Israel, a los Estados Unidos, a la Unión Soviética y a la Secretaría General de las Naciones Unidas, sólo respondieron afirmativamente Israel, los Estados Unidos y la Secretaría General de las Naciones Unidas. Sin embargo, no se cursó invitación a los palestinos de los territorios ocupados.

Los dirigentes norteamericanos tenían esperanzas, expresadas en la conferencia de prensa de Carter, del 30 de noviembre, de que todos se unirían a las conversaciones: «Esperamos que Jordania, Siria y Líbano se unan más tarde a estas discusiones, sea individualmente o en grupo a fin de tratar directamente con Israel. Si hubiera un avance en este sentido en el porvenir, si, por ejemplo, el rey Husain anunciara que quiere negociar directamente con Beguin, nosotros sostendríamos esta decisión con entusiasmo y ofreceríamos nuestros buenos oficios para organizar este intercambio»¹⁰.

Ni el rey Husain ni, menos, los otros atendieron a estas llamadas, y ni siquiera los saudíes y kuwaitíes las respaldaron, por lo menos públicamente, y por eso, para dar lugar a hacer nuevas gestiones, los Estados Unidos aconsejaron al presidente Sadat que aplazara la fecha citada del 3 de diciembre para la reunión hasta el 14 del mismo mes.

Es curioso que por estas fechas dijera, en una alocución por la televisión, el ministro de Asuntos Exteriores israelí, Moshe Dayan, que Egipto con ayuda de los Estados Unidos podía conseguirlo todo y no tenía por qué necesitar el apoyo de los países radicales árabes que se habían opuesto a su iniciativa, la cual —decía él— era apoyada por Arabia Saudita. Sus declaraciones terminaban con la afirmación de que la Conferencia de El Cairo, en razón de su carácter preparatorio de la Conferencia de Ginebra, sólo podía tener por base la resolución 242 del Consejo de Seguridad y el documento de trabajo norteamericano-israelí, aclarando que: nada de retirada de *todos* los territorios ocupados, nada de negociaciones con la OLP y nada de la creación de un Estado palestino. ¿Cómo iba a apoyar Arabia Saudita unas negociaciones presididas por una intransigencia tan feroz, ella que con los otros Estados petrolíferos también contribuye al sostenimiento de la OLP?

El punto de vista de esos Estados petrolíferos está nítidamente expresado en un editorial del diario saudita *Arab News*:

¹⁰ MICHEL TATU: «Le dialogue israélo-egyptien», *Le Monde*, 3 de diciembre 1977, p. 3.

«Arabia Saudita, Kuwait y todos los países árabes moderados que han trabajado durante años para construir una unidad árabe con sentido, con objeto de hacer frente a la influencia marxista y hacer que los árabes vayan por una senda común hacia metas comunes se encuentran ahora en la más insostenible posición. El príncipe Fahd ha dicho a una delegación palestina que le ha visitado que Arabia Saudita no tiene que ver nada con el viaje de Sadat a Israel.» Y más adelante sigue:

«El dilema de Arabia Saudita es que no puede dejar a Egipto solo y, al mismo tiempo, tampoco puede identificarse con él contra los árabes antisadatistas. Tampoco puede dejar solo al bloque árabe dirigido por Siria por miedo a que este bloque sucumba a la presión soviética después que los árabes habían tenido éxito en purgar sus filas de la influencia comunista.» «Por otra parte, a Egipto no puede dejársele solo, porque entonces el presidente Sadat puede verse forzado a hacer una paz separada con Israel»¹¹.

Reveladora afirmación que permite adivinar que Sadat no hará una paz separada con Israel ni abandonará a los palestinos, pues esto le aislaría de todos los árabes, incluso de los moderados, o por lo menos crearía en ellos un sentimiento de dolor y reprobación. A pesar de que voces americanas hayan expresado que una paz por separado haría de catalizador para un posterior acuerdo comprensivo¹². Lo que sí manifestó Sadat en una entrevista concedida a la revista *Newsweek* es que si fuera necesario iría sólo a Ginebra con los israelíes. Discutirían un acuerdo global y entonces haría una llamada para una cumbre árabe a la que sometería este acuerdo y que todos decidieran por sí mismos»¹³. ¿Es esto una paz separada? Yo creo que no y, además, para dar ese paso haría falta que en El Cairo hubieran llegado a un acuerdo. Los hechos siguieron demostrando que, en El Cairo y en Jerusalén, Sadat siguió pidiendo la retirada de todos los territorios ocupados y el establecimiento de un estado palestino y que Israel se siguió negando ni aun a poner bajo la soberanía egipcia la totalidad del Sinaí ocupado durante la guerra de 1967.

La Conferencia de El Cairo inició sus sesiones, al fin, el día 14 de diciembre, y como dijimos en el artículo anterior¹⁴, asistieron dele-

¹¹ «Dead in the Middle», *Arab News*, 1 y 2 de diciembre de 1977, p. 6.

¹² «Sadat's stormy wake», *Newsweek*, 11 de diciembre de 1977, p. 6.

¹³ «Sadat: 'Unique moment'». Entrevista con William E. Schmidt y Paul Martin, publicada en *Newsweek*, 12 de diciembre de 1977, p. 15.

¹⁴ F. FRADE: «El sorprendente viaje de Sadat», *REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL*, núm. 154, noviembre-diciembre 1977.

gaciones formadas por miembros de menor importancia de Egipto, Israel, Estados Unidos, a los que se unió, como delegado del secretario general de las Naciones Unidas, más bien como observador, el general Silauo, coordinador de las operaciones de paz en Oriente Medio. La delegación egipcia estaba compuesta por el representante permanente de su nación en las Naciones Unidas, el señor Ahmed Esmat Abdel Meguid, tenido por un magnífico táctico y a quien algunos daban como futuro ministro de Asuntos Exteriores, sin nombrar en esa fecha, tras la dimisión de Fahmi. Al doctor Abdel Meguid acompañaban el jefe de la Oficina política del presidente Sadat, doctor Osama Al Baz y el general de división, Taha Al Magdub, que participó en las tres últimas guerras árabe-israelíes y también como negociador en el armisticio en que terminó la de 1973, y en las conversaciones de separación de tropas que tuvieron lugar en el kilómetro 101.

Israel envió en su delegación, como jefe de ella, al director de la oficina del primer ministro, Eliahu Ben Elissar, judío polaco y que durante varios años trabajó en el servicio secreto de su país. Era tenido por muy afín a Beguin en su idea mesiánica de no entregar nada de Palestina ligada a los relatos bíblicos. Para asistirle se nombró al asesor legal del Ministerio de Asuntos Exteriores, Meir Rosenne, y al general de división Abraham Tamir, planificador del Ministerio de Defensa y del Ejército israelí e íntimo amigo de otro de los más intransigentes en Israel, el general Ariel Sharon. Meir Rosenne también estuvo en las negociaciones del kilómetro 101. Como se ve por los antecedentes de estos personajes, no eran los más indicados para mostrar alguna flexibilidad.

Por parte de Estados Unidos asistió el secretario adjunto de Estado para los asuntos del Cercano Oriente y Asia meridional, Alfred L. Atherton, buen conocedor de árabes e israelíes por la labor que desempeñó junto a Kissinger durante la diplomacia viajera de éste.

Esta primera fase preparatoria de la conferencia de El Cairo duró hasta el día 22, en que se suspendió según unos y se aplazó según otros, esperando la entrevista cumbre de Sadat y Beguin en Ismailía. La verdad es que el primer día de trabajo, el 15, pues el 14 se había dedicado a los discursos ceremoniales, se vio que era muy difícil se consiguiera algo práctico, pues en seguida aparecieron las posiciones tan opuestas, egipcias e israelíes, y por eso, aprovechando que los días siguientes eran viernes, sábado y domingo, días festivos musulmán, judío y cristiano, se aplazaron las sesiones hasta el lunes 19, durando hasta el citado día 22.

LAS NEGOCIACIONES EGIPCIO-ISRAELÍES

En el entreacto Begin preparó un plan de paz, que muchos comentaristas dicen estaba inspirado en otro de Dayan, y lo llevó el día 18 a Washington para conseguir la aprobación de Carter y que éste lo recomendara a Sadat. Después lo sometió a la Knesset y el día 25 lo presentó al presidente Sadat en Ismailía en una conferencia cumbre que iba a señalar el final de las reuniones anteriores sustituidas por los trabajos de dos comisiones que se crearon, una política y otra militar, que discutirían las cuestiones sumariadas en el plan.

No hubo ninguna publicación oficial del plan, pero de las filtraciones y declaraciones aparecidas en los medios de información se puede hacer un resumen suficientemente claro, por otra parte nada nuevo:

Respecto a la Península de Sinaí:

- Retirada en dos etapas en un plazo de tres a cinco años. En la primera, las fuerzas israelíes se retirarían a una línea comprendida entre Al Arich y Ras Mohammed, y durante la segunda a las fronteras de 1948.
- Israel quedaría autorizado a mantener estaciones de alerta electrónica, así como tres bases estratégicas en el interior de la península.
- El territorio quedaría desmilitarizado en su mayor parte, alejando la zona de estacionamiento de las fuerzas egipcias hasta la zona de los pasos de Mitla y Yiddi.
- En las zonas de Rafah y Charm ech Cheij habría una presencia armada israelí entre fuerzas de la ONU, sin que hubiera una línea continua de una posición israelí a Charm ech Cheij.
- Quedaría garantizada la protección de los asentamientos israelíes construidos en la zona de la que habían de retirarse, aunque Israel prometía estudiar esta cuestión de aquí al año 2000.

La retirada total se realizaría después de la firma de un Tratado de Paz, lo que implicaría la normalización de las relaciones bilaterales (diplomáticas, económicas y turísticas).

En lo referente a los territorios ocupados de Cisjordania y Franja de Gaza:

- Concesión de autogobierno a los árabes palestinos existentes en ellos, previéndose la supresión de la administración militar y su sustitución por un Consejo de administración civil. Los pues-

tos se elegirían por sufragio universal secreto e Israel proponía un plazo de cinco años para llevar a su completo término estas propuestas.

- Derecho de los judíos a instalarse, en asentamientos, en las zonas árabes —en las referencias de prensa decían Judea y Samaria— y a los árabes en todo el conjunto de Israel, dándose a los árabes residentes la facultad de elegir entre la nacionalidad israelí y la jordana.
- Se establecería una fuerza de policía local para la seguridad interior, garantizando la exterior el ejército israelí.
- Se crearía una comisión israelo-palestina para estudiar las cuestiones de inmigración en los territorios autónomos.
- Jerusalén permanecería indivisa bajo control judío, pero los Lugares Santos cristianos y musulmanes serían gobernados por sus respectivas autoridades religiosas. Respecto a los musulmanes se trataría de un organismo que comprendería el Consejo superior musulmán y representantes de Jordania, Arabia Saudita y Marruecos.
- La presencia militar en la Ribera Occidental del Jordán sería fuerte y se la hacía durar hasta el año 2000.
- Por último, esta política podría reexaminarse en un plazo de cinco años y se subrayaba que el plan deja abiertas todas las opciones, en particular las que se refieren a la soberanía sobre los territorios.

Para encandilar a los árabes, Begin espejeó también las ventajas de unir la técnica israelí a la abundante mano de obra árabe para lograr un importante desarrollo en estas regiones que beneficiaría a ambos y recalcó la explotación de los pozos de petróleo de Abu Tar. Asimismo dijo que Israel indemnizaría por el petróleo extraído de los pozos de Abu Rodeis, durante los ocho años que duró la ocupación israelí de los mismos, hasta que fueron devueltos tras el acuerdo interino de 1974.

Estas precisiones, publicadas por la prensa israelí, no satisficieron, en general, dentro del país —algunas organizaciones como el *Movimiento para el gran Israel* y el *Bloque de la Fe*, el famoso *Gush Emunim*, las rechazaron de un modo tajante y prepararon un plan de lucha nacional— ni mucho menos a los árabes cuando más tarde las supieron, en especial a los del Frente de Rechazo, que aprovecharon para llenar al presidente Sadat de invectivas por haber iniciado

estas conversaciones. Es curioso señalar que los extremistas de ambos lados señalan que esto no es un plan que traiga la paz sino más bien que prepara el terreno para una nueva guerra. Para los judíos, de agresión árabe que sorprendería a Israel en peores condiciones defensivas que las anteriores y para los árabes una guerra de agresión israelí, en la que temen no contar con la colaboración de Egipto pues sospechan que la finalidad de éste es hacer una paz por separado. Aparte de que Beguin, en sus proposiciones, hablaba sólo de los «árabes de Israel» sin aludir para nada a los dos millones de palestinos desarraigados fuera de su país. Es decir, que estas proposiciones no conducen a la independencia sino a impedir esa independencia.

Para defender sus propuestas, Beguin manifestó que estas condiciones significaban mucho para los árabes pues suponían su autonomía, es decir, la posibilidad de manejar sus propios asuntos por representantes elegidos por ellos mismos libremente y entrañaban la libertad de establecerse donde quisieran dentro de Israel. Y además esto iba a suceder por primera vez en la historia, pues anteriormente habían estado sometidos a la voluntad de Turquía, Gran Bretaña, Jordania e Israel y en adelante sólo dependerían de ellos mismos. El razonamiento es astuto, pero así seguirían viéndose sometidos a la voluntad de Israel y por esto lo rechazaron todas las naciones árabes. Jordania y Arabia Saudita —y las cito como ejemplo de moderados y de querer ayudar a Sadat—, dijeron claramente que no lo aceptaban y muchos de los responsables árabes en las zonas ocupadas, como el alcalde de Belén, Elias Freich, y el antiguo jefe del parlamento jordano, Hikmat al Masri, también lo rechazaron, diciendo que los israelíes no habían cedido en nada, ya que seguían los asentamientos y el ejército para protegerlos. «Eso es amordazar Israel —dijeron— y amordazar a los palestinos». Respecto al presidente Sadat aún mantenía algún optimismo, por lo menos cara a su país, pero es casi seguro que por dentro estaría frustrado, pues a su gesto no se había respondido con la generosidad —quizá más con el realismo— que hace falta. En *Le Progres Egyptien*, del día 23, se decía en grandes titulares: «La Conferencia de El Cairo ha acabado su primera fase con una nota de optimismo», y en ese mismo número se reproduce una declaración de Sadat en la que dice que la actitud de Beguin en la cuestión de la Cisjordania no le ha decepcionado y que tiene mucha paciencia. Es lógico que esperara la celebración de la cumbre de Ismailía entre ambos jefes a ver qué pasaba en ella.

Las esperadas reuniones en Ismailía se celebraron los días 25 y 26

de diciembre y en ellas se manifestó la oposición de las proposiciones de ambos estadistas, expuestas en anteriores reuniones y declaraciones, especialmente en el corazón del conflicto, es decir, la cuestión palestina. Beguin no estaba dispuesto ni a ceder un ápice en sus exigencias y lo que se esperaba sería un acontecimiento importante con cesiones o por lo menos suavizaciones que permitieran esperar de un modo optimista la paz, se transformó en una frustración para los egipcios, no por disimulada menos honda. Beguin, en algunas de sus explicaciones ante la prensa, estuvo hasta grosero y falto de delicadeza. Para salvar la situación se acordó crear dos comités a nivel ministerial, rango al que también se elevaba la Conferencia de El Cairo, uno político que presidirían alternativamente los ministros de Asuntos Exteriores de ambos países y que se reuniría en Jerusalén y otro militar, presidido por los ministros de Defensa y que se reuniría en El Cairo. En los trabajos del comité político podrían intervenir, si lo deseaban, el secretario de Estado norteamericano y el secretario general de las Naciones Unidas. También podía intervenir el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, pero, respecto a éste, Sadat dijo que él mismo se había excluido de las negociaciones pues se le había cursado la invitación. El mismo razonamiento que se empleó con la OLP, en este caso, no sólo por Sadat sino también por Carter, aunque en el primer caso sólo aludió, como en el caso de los rusos, a que no habían contestado a su invitación y Carter dijo: «Ellos han rehusado hacer una declaración pública de que Israel tiene derecho a existir. Así que creo que ellos han eliminado a la OLP de una inmediata perspectiva de participar en una discusión de paz.» Un poco menos que Beguin que, tajantemente, manifestó que se excluían las conversaciones con la OLP que sólo busca la destrucción de Israel. Realmente el que no quiere tratar con la OLP es Beguin. Carter se sometió al criterio de éste y Sadat... ¡Qué más quisiera sino que la OLP participara y Siria!, pero... el camino es largo y habrá que apretar más al gobierno americano, a través de los Estados petrolíferos y, a su vez, el gobierno americano a Israel, para que se convenza que por el camino de la intransigencia, aunque sea por no ceder lo que llaman fronteras seguras y defendibles, no podrá salir del estado de *ghetto* ni mantener eternamente frustrados a los cientos de miles de palestinos árabes en su interior, por mucho armamento convencional y nuclear que pueda tener, que será muy difícil pueda emplearlo, salvo para usos de guerra psicológica que, poco a poco, pierde una de sus condiciones básicas: la credibilidad. Israel ha de reconocer la

existencia de un pueblo palestino con derecho a una patria y no considerarlos como árabes israelíes o refugiados árabes como señala la resolución 242, todavía no modificada. ¿Cómo van a aceptar los palestinos, que fueron expulsados de lo que, durante siglos, fue su hogar, el *status* de paria permanente? Y respecto a los palestinos que viven en las tierras ocupadas por Israel y que Carter llamó palestinos moderados habitantes en Israel, hay que dejarse de tonterías, no representan al pueblo palestino en su totalidad. Lo que más se aproxima a ésto es la OLP, que, además, tiene el mandato de todos los países árabes, expresado en la conferencia cumbre de Rabat de 1974. Además, yo creo, que ni los residentes en la Palestina ocupada pueden desear ese autogobierno que se les ofrece. Los que lo aceptaran serían «quislings» a los ojos de los demás y siempre un peligro latente para Israel que si, en treinta años, no los ha absorbido, menos los absorberá en los años siguientes, pues su población crece y se desarrolla a un ritmo rápido y siempre con un profundo sentimiento de frustración.

Es decir, que pedir a la OLP que reconozca, de entrada, sin ninguna otra condición a quien les ha echado de su territorio resulta excesivo. Algunos pensarán que sería realista que se hiciera, puede, pero más realista sería que los palestinos reconocieran a Israel desde una posición de Estado soberano y se garantizara la existencia de este Estado, en sus fronteras anteriores a 1967, por las grandes potencias. Así no habría «destrucción de Israel» ni «establecería la Unión Soviética un enclave satélite suyo». Si no lo ha hecho en Irak o Siria, países socialistas, tampoco lo haría ahí, pues los mismos árabes moderados no lo consentirían y de la ayuda de éstos iba a vivir el nuevo Estado.

El espíritu con que terminó la conferencia cumbre de Ismailía se refleja en el siguiente párrafo de un editorial del periódico egipcio *Le Progres Egyptien*, del día 27:

«Si hay que juzgar a la conferencia en la cumbre de Ismailía por sus resultados aparentes no se puede por menos que experimentar una ligera decepción tanto más que todo dejaba prever un resultado más dichoso.»

Se puede comprobar con ésto que las esperanzas egipcias habían resultado excesivas y también la de algunos medios occidentales y la decepción, para ser proclamada por un medio de expresión egipcio, que no puede sumir en el pesimismo a los que lo leen, grande y reveladora de lo que estaba por venir. En la sección de documentación internacional de este mismo número reproducimos los principales pun-

tos de la conferencia de prensa que siguió a la clausura de la conferencia y las declaraciones de ambos jefes de Estado que dan una visión de primera mano de lo que fue la conferencia.

Las reacciones a los resultados de la cumbre de Ismailia en los países árabes fueron, casi en su totalidad, hostiles y, en cierto modo justificadas, pues el solo hecho de celebrarse las reuniones de las dos comisiones en El Cairo y en Jerusalén, era aceptar a esta ciudad como capital del Estado judío. También era muy fuerte que en una declaración conjunta apareciera el territorio ocupado de la Cisjordania con el nombre que ha impuesto Beguin de territorios de Judea y Samaria. Pero la principal acusación era que él había dado mucho a cambio de no recibir ni siquiera la retirada total en el Sinaí.

Tras el viaje de Carter a varias naciones de Asia y Europa y durante el que se entrevistó con los reyes árabes Husain de Jordania y Jaled de Arabia, no pudo convencer al primero de que se incorporara a las conversaciones de El Cairo ni a ninguno de los dos que aprobaran el plan propuesto por Beguín. Los dos le dijeron, en breves palabras, que sólo le retirada total de los israelíes de los territorios ocupados, incluida la ciudad vieja de Jerusalén, donde están sus santos lugares y la autodeterminación del pueblo palestino podrían hacerles incorporarse a las gestiones de paz. Los dirigentes sauditas, además, le dijeron que la iniciativa valerosa del presidente Sadat había resultado hasta el momento un fracaso y que a ese fracaso había contribuido el propio presidente Carter hablando demasiado bien de un plan que era inaceptable¹⁵. Por eso Carter, cuando llegó a Asuan para entrevistarse con el presidente egipcio, dijo, de una manera un poco ambigua, que «las partes tenían que reconocer los legítimos derechos del pueblo palestino y permitir a los palestinos participar en la determinación de su porvenir». De la OLP no dijo nada. A pesar de la moderación de su declaración provocó unas notas a estas conversaciones por parte del primer ministro israelí, en las que éste dijo que su país no toleraría la autodeterminación palestina, según se entiende el término en la ley y práctica internacionales, lo que, a su vez, dió lugar a que el editorialista del periódico saudita *Arab New* escribiera:

«Esta es una impúdica afirmación a la vista de la declaración que el viernes hizo la Comisión de Juristas Internacionales (CJI) de que no existe una base válida en la ley internacional para la política de Israel en la Ribera Occidental y la Franja de Gaza ocupadas. La CJI

¹⁵ MICHEL TATU: «L'escale de Riyad ne semble pas avoir été fructueuse», *Le Monde*, 5 de enero de 1978, p. 3.

subrayó de un modo claro que la continuada ocupación de tierras árabes por parte de Israel no tiene fuerza legal. Un punto que el presidente Carter debe considerar seriamente»¹⁶.

Se terminó la cumbre de Ismailía con unas declaraciones por parte de ambos dirigentes que reproducimos íntegras en la sección de documentación internacional.

El día 11 de enero de este año se iniciaron los trabajos de la Comisión militar mixta en El Cairo, como se había acordado. Los de la comisión política se dejaron para poco más adelante porque sus discusiones serían mucho más espinosas y sería más fácil alcanzar alguna forma de acuerdo en el seno de la comisión militar. No empezó con buenos auspicios pues el ministro de Defensa israelí, general Ezer Weizman, antes de salir de Jerusalén, proclamó la determinación de su país de mantener los asentamientos de colonos creados en el Sinaí y de asegurar su defensa. Desde la primera sesión se vio que las posiciones eran absolutamente cerradas en sus puntos de vista y que los israelíes no estaban dispuestos a dar la menor posibilidad al presidente Sadat de que demostrara que su gesto, yendo a Jerusalén, había sido beneficioso para la causa árabe, al traer la esperanza de paz y justicia, pues ni su propio territorio conseguía se le devolviese en su totalidad. El jefe de la delegación israelí se aferró a la necesidad de mantener la seguridad de Israel y para ello tenían que continuar los asentamientos establecidos en las zonas fronterizas y la instalación, en una amplia zona desmilitarizada, de estaciones de prealerta. El general Gamassi, por su parte, reclamó la retirada total israelí del territorio, fuerzas armadas y colonos, y con este desacuerdo se levantó la primera sesión.

Los días siguientes, no trajeron el acuerdo deseado porque los israelíes, obstinadamente se negaron a ceder en su posición. Si esto sucedía en un territorio completamente egipcio, desde el punto de vista israelí, puede uno imaginarse lo que sucedería en la cuestión palestina y lo que iba a ocurrir durante las reuniones del comité político que abriría sus sesiones una semana más tarde. En éstas, como hemos dicho, iba a participar el secretario de Estado norteamericano, pero, a última hora, viendo lo difícil que se presentaba la reunión anunció que no iría hasta que las dos partes se pusieran de acuerdo, por lo menos, en lo que no estaban de acuerdo y lo manifestaran de un modo claro y definido. Esto se refería a la tardanza en la redacción de la agenda de trabajo, principalmente por la intransigencia

¹⁶ «Begin's illusions», *Arab News*, 5-6 de enero de 1978, p. 4.

israelí. La presión americana hizo a los israelíes abandonar su táctica de dilación y en veinticuatro horas se redactó la agenda y Vance anunció entonces que iría. Es decir, que la conferencia, en lugar de inaugurarse el lunes día 16 lo haría el 17. El orden del día que se redactó, fruto de un compromiso americano entre las tesis egipcia e israelí, quedó establecido así:

1. Declaración de los principios que deben regir la negociación para un acuerdo de paz global en el Próximo Oriente.
2. Directivas para las negociaciones relativas a las cuestiones de la Ribera Occidental y Franja de Gaza.
3. Componentes de un tratado de paz entre Israel y sus vecinos, de acuerdo con los principios de la resolución 242 del Consejo de Seguridad¹⁷.

La declaración de principios que había presentado la delegación egipcia, hecha pública después de la retirada de la Delegación egipcia de las conversaciones, de la que enseguida hablaremos, estaba redactada del siguiente modo:

1. Retirada de Israel del Sinaí, del Golán, de Cisjordania y de Gaza, conforme a la resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y al principio de no adquisición de territorios por la fuerza.
2. Necesidad de garantizar la seguridad de los territorios y la independencia política de cada nación de la región por medio de preparativos convenidos entre las partes interesadas sobre la base del principio de la reciprocidad.
3. Respeto al derecho de todos los países de la región a la soberanía, a la integridad territorial y a la independencia política.
4. Puesta en práctica de un reglamento justo del problema palestino, en todos sus aspectos, sobre la base del derecho a la autodeterminación por medio de conversaciones entre Egipto, Jordania, Israel y los representantes del pueblo palestino.
5. Fin de todo recurso a la guerra y establecimiento de relaciones pacíficas entre todos los países de la región por la conclusión de tratados de paz conformes a la carta de las Naciones Unidas¹⁸.

¹⁷ «Le travaux de la commission politique a Jerusalem», *Le Progres Egyptien*, 18 de enero de 1978, p. 4.

¹⁸ «Les travaux de la commission politique a Jerusalem», *Arab News*, 18 de enero de 1978, p. 4, y *Le Monde*, 18 de enero de 1978, p. 40.

Estos principios fueron resaltados por el ministro de Asuntos Exteriores egipcio, Mohammed Ibrahim Kamel, en unas declaraciones que hizo nada más llegar a Jerusalén y que no sentaron nada bien al primer ministro Begin. Dijo con cruda franqueza: «No podrá haber paz con la ocupación de la tierra y no podrá haber paz con la denegación de los derechos nacionales del pueblo palestino, el principal de los cuales es el derecho de autodeterminación.»

Esta manera tan incisiva de expresar unas verdades claras las siguió empleando en la sesión inaugural de la conferencia, contrariando de una manera visible, según las declaraciones de los corresponsales de prensa extranjera que asistían a la misma, a su colega israelí, Moshe Dayan y a todos los dirigentes de este país. Dijo, en esta ocasión, el ministro Kamel: «Nosotros hemos venido para buscar una paz justa y global fundada en la retirada israelí de todos los territorios ocupados después del 5 de junio de 1967, comprendido Jerusalén, la villa santa de la paz (...). Hemos venido para expresar el principio sagrado de los derechos del pueblo palestino que lucha desde hace decenios por poner fin a su estado de subyugación y a su diáspora y para ejercer sus derechos nacionales, de acuerdo con los principios más sagrados de igualdad de los derechos y de la autodeterminación de los pueblos. Sería trágico que vosotros no reconocierais la existencia de esta realidad palestina, sobre todo después que nosotros hemos declarado que estamos prestos a aceptaros como una parte de Oriente Medio. ¿Dejaréis, por la ilusión de argumentos fútiles, que se destruya esta oportunidad única de ver reinar la paz entre vosotros? ¿Es que no podéis ver que los pueblos palestinos no tienen menos derecho que cualquier otro pueblo, no importa cuál, a que sean satisfechos sus legítimos derechos? No habrá verdadera paz en Palestina para la Casa de Israel a menos que haya también en Palestina una Casa para el pueblo de Israel»¹⁹.

Las contestaciones de Dayan fueron serenas, pero sin comprometerse a nada y diciendo que la paz como alternativa a la guerra sólo podría lograrse por medio de concesiones mutuas. Sin embargo, hubo algo que irritó a los egipcios: su afirmación que se mantendrían los asentamientos y aeropuertos. El lector que piense un poco en la cuestión verá que las concesiones por parte de los árabes serían de algo que legítimamente les pertenece y entonces tienen razón cuando dicen que Israel quiere la paz y la tierra.

La contestación de Begin no se hizo esperar y, además, en el primer momento en que tuvo ocasión y que fue el más inoportuno. Fue

¹⁹ *Le Progres Egyptien*, 18 de enero de 1978, p. 4.

con ocasión de la comida de gala ofrecida en honor de las delegaciones egipcia y americana. Al ofrecer su brindis, dijo que «la paz era imposible en el marco de una vuelta de Israel a las vulnerables fronteras de 1967. Eso sería una invitación a nuevas agresiones y aunque Israel respeta el maravilloso principio de autodeterminación de los pueblos hay que ponerse en guardia contra el mal uso de este derecho, como se hizo en los años treinta con el resultado de una catástrofe mundial y el holocausto». Se refería Beguin al nombrar ese mal uso a la anexión por Hitler de la región de los Sudetes alemanes en Checoslovaquia en 1938. Esto heló a todos los oyentes y, automáticamente, el ministro egipcio se guardó en el bolsillo el texto del brindis que tenía preparado para contestar al premier israelí y, en su lugar, dio una breve y seca réplica, en la que dijo que había esperado que la reunión fuera un acto de relajación pero que el primer ministro había elegido que fuera de trabajo. Reafirmó todos los puntos de la delegación egipcia y se sentó sin pronunciar el brindis²⁰.

La situación, al cabo de dos días, se había enfriado notablemente, aunque algunos corresponsales dijeran que las cosas no habían marchado mal en la segunda de las reuniones plenarias. Sin embargo, ésta sólo duró quince minutos, desde las tres de la tarde locales a las tres y cuarto, a pesar de la intensa actividad desplegada por el secretario de Estado norteamericano antes de iniciarse, con los cabezas israelí y egipcio de sus respectivas delegaciones. Tres horas más tarde, a las 18,50, la radio y la televisión de El Cairo interrumpieron sus programas para dar un comunicado que el diario egipcio, *Le Progres Egyptien*, publicó, con unos grandes titulares en primera plana que decían: *A continuación de las declaraciones hechas por Beguin y Dayan, Sadat retira la comisión política.*

La decisión de Sadat fue una sorpresa hasta para los egipcios que se encontraban en Jerusalén. El presidente Carter, inmediatamente, reaccionó llamando por teléfono a Sadat y pidiéndole reanudara los trabajos de las comisiones. Sadat contestó que lo haría si Israel modificaba su posición y sus puntos de vista. En el comunicado oficial que siguió, del gobierno egipcio, se justificó la decisión diciendo que las posiciones israelíes y las declaraciones de Beguin y Dayan hacían la situación imprecisa y las soluciones que proponían eran parciales y no podían instaurar una paz justa y duradera en Oriente Medio.

Por su parte, el gobierno israelí también emitió un comunicado en que denunciaba «la extraña intransigencia del gobierno egipcio» y

²⁰ «Sadat's shock therapy», *Newsweek*, 30 de enero de 1978, p. 12.

afirmaba que éste «se había hecho ilusiones creyendo que Israel se sometería a exigencias que nunca habían sido aceptables» tras recordar que la delegación egipcia ha pedido la retirada de las fuerzas israelíes de Sinaí, Golán, Judea y Samaria, Gaza y la transferencia de la ciudad vieja de Jerusalén «a una autoridad extranjera y el establecimiento de un Estado palestino sobre el territorio de Eretz Israel», terminaba diciendo que «ni había habido ni habrá jamás un gobierno israelí que acepte tales condiciones».

Con estas ideas y sentimientos no es posible que los judíos se ganen la más mínima estimación de los árabes. Consideran extranjeros a los que hace unos pocos años eran los legítimos poseedores de esos territorios, adquiridos por la ilegal inmigración masiva y por la fuerza de las armas. Sadat tiene harta paciencia o harta necesidad.

Por lo que se refiere a la comisión militar, sus trabajos estaban suspendidos y estaba previsto se reanudaran ese mismo día, pero esta vez fue Beguin el que dijo que no permitiría la marcha de su delegación a El Cairo hasta escuchar el anunciado discurso del presidente egipcio ante su Parlamento, anunciado para dos días más tarde, es decir, el 21 de enero.

La creencia de la mayoría de los comentaristas internacionales y del gobierno de Washington era que la decisión de Sadat era una maniobra táctica. También la de sus oponentes árabes de los países rechacistas. Ciertamente, pero es la única manera que tenía de obligar a EE. UU. a que presionen a sus clientes israelíes para que cedan lo preciso en su intransigencia, en bien de una paz futura. También contribuía a modificar la opinión pública en Estados Unidos —y mucho más en las naciones de la comunidad europea— en su favor, como muy bien apuntaban algunos órganos de información norteamericanos. Cuando un periódico como el *Times*, de Londres, que, desde 1918, tanto ha hecho por los judíos, escribe lo que a continuación transcribimos es que algo ha cambiado en el mundo en lo que se refiere a la estimación del mundo árabe:

«¿Puede, seriamente, M. Beguin, esperar que M. Sadat permita a los judíos, que se han instalado por la fuerza sobre el suelo egipcio, que permanezcan allí bajo la protección de la misma fuerza? Si se aceptara este acuerdo mal se apreciaría qué sentido tendría la soberanía egipcia. Al hacer tales proposiciones M. Beguin demuestra que cree que Israel puede conservar el pastel y comerlo al mismo tiempo, que él puede tener al mismo tiempo los territorios y la paz. Parece que ha llegado el momento para él de que escoja entre las dos opciones.»

Lo mismo que dice del suelo egipcio puede decir del suelo jordano, sirio o palestino, pues hace treinta años así era y antes de la famosa partición de la ONU de 1947 lo era todo. Hace 2000 años es cuando fue soberanía judía, pero, visto bajo este prisma, había que modificar el mundo entero. Sin embargo, los árabes están dispuestos a vivir en paz con el nuevo Estado, creado de un modo tan arbitrario, sólo a cambio de que vuelva a sus fronteras de antes de 1967 y un nacionalismo cicatero y trasnochado que aspira a implantar en el territorio varios millones de judíos más, para lo que necesita crear nuevos asentamientos—algunos como el de Iamit, en el saliente de Rafat, se ha proyectado para que, en plazo breve, alcance 250.000 habitantes— que, a un tiempo son posiciones militares, se cierra en la más feroz intransigencia. Eso ha querido hacer bien visible Sadat con su retirada.

El esperado discurso, del que reproducimos extractos importantes en la sección de documentación internacional, no fue duro, como se esperaba. La revista *Newsweek* lo califica de «básicamente conciliatorio», pues, aunque Sadat manifestó enérgicamente que no permitiría la permanencia de ningún asentamiento ni en una pulgada de su territorio y por eso estaban dispuestos a luchar hasta el fin del mundo, alabó también al pueblo de Israel por demostrar del modo humano más inconfundible su deseo por el sueño de paz²¹.

Las perspectivas, en el momento de cerrar este trabajo, no son muy esperanzadoras, pues la declaración de principios propuesta por Carter, tal como ha aparecido en la prensa diaria y que va a discutir Sadat con él, en el próximo viaje de éste a Washington, se acerca bastante más a las peticiones israelíes que a las árabes:

- Ambos países se comprometen a resolver pacíficamente todas las diferencias entre ellos.
- Israel se compromete a retirarse a fronteras seguras y reconocidas.
- Los palestinos tendrán un papel en la determinación de su futuro.

Reanudar las conversaciones sobre la base de esta declaración de principios creo que sería inútil, pues retirarse a fronteras seguras significa no evacuar todos los territorios, condición que hemos visto lo ardientemente que ha exigido Sadat. Decir que los palestinos tendrán un papel, no es decir nada pues no habla de qué palestinos se trata y Beguin seguirá rechazando a la OLP, sin cuyo concurso no es

²¹ *Ibidem.*

posible haya paz. Sin embargo, el que estas conversaciones se reanuden y se consiga en ellas un acuerdo que satisfaga los mínimos derechos árabes y se lograra atraer a sirios, jordanos y palestinos sería la mejor solución para la propia Norteamérica, pero, como dice el corresponsal del diario ABC, en Nueva York, José María Carrascal: «¿Tiene la Administración Carter la energía y la imaginación que requiere esa formidable tarea?» Para Carrascal, agudo observador de la realidad diaria en Estados Unidos, todo indica que, hasta ahora, la Administración Carter lo único que ha hecho es inclinarse por el que más presionaba²². En un caso, el «lobby» judío, cuyo voto necesita para pasar el tratado con Panamá, el plan energético y para sobrevivir políticamente. En el otro, la amenaza de utilizar los países petrolíferos árabes su potente arma como medio de presión o de represalia. Ellos cuentan con que los países árabes están desunidos, pero podían unirse dejando a Sadat solo o bien éste, para no suicidarse, unirse al rechazo y arrastrar a los países moderados. En cualquier caso, un régimen mucho más intransigente aparecería en Egipto y un mayor poder de la URSS aparecería en Oriente Medio. También hay crisis en los países árabes moderados. Primero fue Kuwait quien tuvo que restringir sus libertades políticas, ahora le ha tocado a Túnez sufrir una convulsión, de la que Argelia y Libia, intentarán sacar partido. Mañana puede ser Marruecos y siguiendo así, ¿quién sabe? Todo ello en beneficio de la URSS.

Estados Unidos tendrá que mostrarse enérgico en satisfacer las aspiraciones árabes pues se juega el futuro de todo el mundo occidental.

FERNANDO FRADE

²² JOSÉ MARÍA CARRASCAL: «Las esperanzas de paz en Oriente Medio se desmoronan», ABC, 22 de enero de 1978, p. 1.

